

José Manuel Lucía

ELOGIO DEL TEXTO **digital**

01100101	01101100
01101111	01100111
01101001	01101111
00100000	01100100
01100101	01101100
00100000	01110100
01100101	01111000
01110100	01101111
00100000	01100100
01101001	01100111
01101001	01110100
01100001	01101100

**Claves para interpretar
el nuevo paradigma**

fórcola

José Manuel Lucía Megías

ELOGIO DEL TEXTO DIGITAL

Claves para interpretar el cambio de paradigma

Prólogo de Javier Celaya

fórcola

Señales

Director de la colección: Francisco Javier Jiménez

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Elogio del texto digital en código binario.

© Del Prólogo, Javier Celaya, 2012

© José Manuel Lucía Megías, 2012

© Fórcola Ediciones, 2012

c/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

ISBN: 978-84-15174-33-2 (ePub)

PRÓLOGO

Javier Celaya

Socio-fundador de Dosdoce.com

TRAS la lectura de este interesante libro he llegado a la conclusión de que es un perfecto «quitamiedos» para cualquier persona que quiera entender las implicaciones del impacto de Internet en el mundo del libro. La historia nos demuestra que cada vez que aparece una nueva tecnología -la imprenta no deja de ser una vieja tecnología que lleva más de quinientos años con nosotros- surgen todo tipo de miedos debido a las incógnitas que florecen con su aparición.

José Manuel Lucía Megías comienza apuntando que el códice recibió en el momento de su aparición numerosas críticas por la discontinuidad que ofrecía en la lectura del texto, pero en muy poco tiempo estos miedos iniciales que generaron debates pasionales fueron asimilados, pues se tuvo ocasión de comprobar las grandes ventajas que ofrecía la compilación de largos textos en una sola unidad física en vez de en varios rollos. Sospecho que lo mismo ocurrirá con los textos digitales.

En la mayoría de las jornadas, congresos y mesas redondas a las que he asistido últimamente suelen expresarse opiniones demasiado contundentes sobre el futuro del libro. Unos declaran la muerte del libro en papel en pocos años, mientras que otros señalan con cierta soberbia que el libro electrónico siempre ha fracasado... Al igual que el autor de *Elogio del texto digital*, creo que continuar alimentando este debate es una pérdida de tiempo. Tal y como señala en estas páginas, nos encontramos ya en plena fase de transformación y por

tanto debemos empezar a analizar las posibilidades que ofrece el texto digital a los lectores, autores y editores.

Asimismo, aporta una mirada sosegada sobre las transformaciones que han tenido lugar en el mundo del libro a lo largo de su historia. Se agradece que a medida que avanza en este análisis destaque más las oportunidades derivadas de estas evoluciones que los daños colaterales, por otra parte necesarios en cualquier proceso de cambio. El tono que emplea favorece una fácil y comprensible lectura sobre los temas más relevantes relacionados con la transformación digital que viviremos en esta década en la industria editorial.

Y este análisis es muy oportuno en el momento histórico que estamos viviendo, en el que las tecnologías de la información están ya mostrando su impacto en el mundo del libro. La irrupción de Internet en el sector editorial no sólo conlleva la mera digitalización del libro, sino que implica algo mucho más profundo, puesto que está afectando a todos los procesos editoriales (producción, distribución, comercialización, promoción, etc.).

Nos guste o no, tenemos que asumir que nuestros hábitos de creación, acceso y consumo cultural están experimentando una transformación histórica con la llegada de Internet. Y de la lectura de este libro se desprende que analizar la compleja y cambiante realidad que nos está tocando vivir es verdaderamente apasionante. En los próximos años podremos acceder como nunca antes a cantidades inmensas de información y conocimiento en abierto y libre de derechos, lo que conllevará una reorganización del sector editorial. Ante estas nuevas formas de crear, acceder y consumir la cultura, los autores, editores, libreros y bibliotecarios, entre otros, deberán reflexionar sobre cuál será su papel en la sociedad digital.

En este contexto de transformación sin retorno, el reto más importante que tiene que asumir el mundo del libro es

el cambio de «chip». El miedo al fracaso, entre otros factores, es uno de los grandes obstáculos culturales para innovar en nuestro país. Los editores, librereros y bibliotecarios, así como los propios autores, deberán aprender nuevos conocimientos y habilidades, desde la producción de contenidos cien por cien digitales para ser consumidos exclusivamente en pantallas hasta asumir una mayor vocación de atención al lector para gestionar de forma adecuada su presencia online.

Nadie tiene hoy en día una hoja de ruta con un esquema claro sobre cuál es el futuro de la sociedad digital que estamos creando entre todos, cuáles son las tecnologías que perdurarán y transformarán la sociedad, cuáles son puro marketing, etc. Esta ausencia de hoja de ruta genera en algunos miembros del mundo del libro una cierta inactividad que es muy perjudicial a medio plazo debido a que reduce la ventaja competitiva y la capacidad de reacción de cualquier entidad.

Os adelanto que aquí no se darán respuestas concretas a estas inquietudes dado que existen todavía demasiadas preguntas, o más bien prejuicios, que por ahora no tienen respuesta: ¿Hasta cuándo vamos a seguir asistiendo a mesas redondas sobre el futuro del libro? ¿Hasta cuándo los falsos miedos ante las nuevas tecnologías van a seguir paralizando la innovación? ¿Hasta cuándo hemos de seguir creyendo en las supuestas bondades de la unidad del texto que representa el libro impreso? ¿Hasta cuándo las estadísticas sobre los índices de lectura seguirán sin contemplar los nuevos hábitos de lectura en pantallas de todo tipo de textos digitales, más allá del formato libro, en blogs o perfiles en Twitter?

Aunque el libro deja de manera intencionada muchos interrogantes sin respuesta, su lectura ayuda a reflexionar, a despejar temores y a asumir una mentalidad de innovación para romper esquemas con el fin de descifrar el

nuevo paradigma. Una vez que el cambio ya está en marcha, intentar ganar tiempo frenando la irrupción de la innovación tecnológica no va a hacer que la transformación del mundo del libro se detenga.

ELOGIO DEL TEXTO DIGITAL

Claves para interpretar el cambio de paradigma

UN VÍDEO Y UN TEXTO (A MODO DE ENTRADA)

UN MONJE, Ansgar, se encuentra en su escritorio medieval cruzado de brazos. Se lleva las manos a la cara, su rostro denota una mezcla de preocupación y de aburrimiento. En ese momento alguien llama a la puerta y pregunta: «¿Cuál es el problema?». Ansgar, entre aliviado y molesto, le pide a la Ayuda del Scriptorium que se siente a su lado, pues el problema lo tiene ahí, justo delante de sus narices, encima de la mesa: un códice. Un códice estándar que permanece cerrado y al que con cierto desprecio se refiere el monje: «No he sido capaz de hacer nada en toda la mañana». La Ayuda del Scriptorium se disculpa y reconoce que llevará su tiempo dominar el nuevo sistema. «Lo primero, ¿ha intentado abrirlo para comenzar a trabajar?» Ante esta pregunta Ansgar ríe desconcertado: «¿Abrirlo? Si fuera tan fácil, no habría llamado a la Ayuda de Scriptorium». Y así hizo. Y con paciencia, con la paciencia de quien domina el nuevo sistema, la Ayuda le enseña cómo abrirlo, cómo pasar una página desde un lateral y dejar el libro abierto. Pero éste no es el problema de Ansgar; no está ante un problema físico sino ante uno intelectual, uno que tiene que ver con la dificultad de comprender cómo funciona esta nueva tecnología que se llama códice, frente a la anterior del rollo: «Yo había llegado a ese punto, pero después me detuve, temiendo perder algún texto...». ¿Cómo seguir con la lectura cuando se pasa de la continuidad del rollo a la discontinuidad de la página, de ese folio que se corta, que ofrece al final de la columna un abismo de incertidumbre que hay que completar con las siguientes letras de la columna de la izquierda de la siguiente página? ¿Qué sucedería si se elige otro folio y se le da la vuelta y no

coincide aquello que se ha terminado con lo que ahora comienza? ¿Dónde queda la unidad de la escritura, la continuidad del texto? Hasta que Ansgar no comprueba con sus propios ojos y dedos que un texto termina en una página y sigue en la siguiente, y que, cuando se vuelve hacia atrás, el texto permanece ahí inalterable, no se queda tranquilo. ¡Ahora ya puede trabajar! Ya puede leer y copiar textos gracias a esta nueva tecnología. «Pero ¿qué hago cuando termino?» «Simplemente el libro se cierra, y el texto, los textos quedan ahí almacenados...»

Ahora Ansgar, con un poco de práctica y experiencia, podrá aprovechar las nuevas posibilidades que le ofrece este nuevo medio de transmisión que es el códice frente al rollo. Uno de los más grandes cambios que sufrió la tecnología de la escritura y la conservación de los textos en nuestra cultura occidental, cambio que comenzó a fraguarse en el siglo II (de la mano de las comunidades cristianas perseguidas) y que triunfará dos siglos después, cuando el cristianismo se imponga como religión oficial de Roma. Cambio que supone una de las grandes transformaciones del texto, mucho más revolucionaria y con mayores repercusiones de lo que sucediera siglos después cuando el códice manuscrito, ya impuesto en la cultura occidental, pueda multiplicarse como una nueva parábola bíblica gracias a la aparición de una nueva tecnología: la imprenta. El vídeo del monje Ansgar y su Ayuda de Scriptorium, que se ha hecho a imagen y semejanza de las dudas y dificultades que hemos tenido que superar al utilizar la tecnología de los ordenadores, fue uno de los triunfadores en YouTube durante 2010, donde se difundió en mil lenguas a partir del noruego original, procedente de un programa de humor¹.

En 1951 Isaac Asimov publicó el relato «¡Cuánto se divertían!». En él, en un mundo con doscientos años a sus

espaldas, unos niños habían encontrado un tesoro antiguo: ¡un libro auténtico!

Margie incluso lo escribió aquella noche en su diario, en la página encabezada con la fecha 17 de mayo de 2157: «¡Hoy Tommy ha encontrado un libro auténtico!».

Era un libro muy antiguo. El abuelo de Margie le había dicho una vez que, siendo pequeño, su abuelo le contó que hubo un tiempo en que todas las historias se imprimían en papel.

Volvieron las páginas, amarillas y rugosas, y se sintieron tremendamente divertidos al leer palabras que permanecían inmóviles, en vez de moverse como debieran, sobre una pantalla. Y cuando se volvía a la página anterior, en ella seguían las mismas palabras que se habían leído por primera vez.

-¡Será posible! -comentó Tommy-. ¡Vaya despilfarro! Una vez acabado el libro, sólo sirve para tirarlo, creo yo. Nuestra pantalla de televisión habrá contenido ya un millón de libros, y todavía le queda sitio para muchos más. Nunca se me ocurriría tirarla.

-Ni a mí la mía -asintió Margie.

Tenía once años y no había visto tantos libros de texto como Tommy, que ya había cumplido los trece.

¡Un libro auténtico! ¡Un libro inalterable, en el que nada cambiaba por más que se movieran las páginas! ¡Un libro que sólo contenía un texto, un artefacto en que contenido y continente formaban una unidad que nada podía modificar! ¡Ni el tiempo! Dos siglos después aquel libro estaba en las manos de Tommy, quien, con orgullo, se lo había dejado ver a Margie. Un libro que además hablaba de la escuela, de una escuela de hacía varios siglos, una escuela de los viejos tiempos en los que Margie pensaba «cuánto se divertían» los niños que las frecuentaban, los niños que tenían en sus manos aquellos libros.

Desde la mente (y pluma) portentosa de Asimov hasta la imparable presencia de YouTube podemos apreciar la relatividad de los medios de transmisión del saber, medios que, por su propia naturaleza, limitan o amplían las informaciones y conocimientos que transmiten, divulgan o archivan. Medios que son una incógnita cuando aparecen, que reúnen a su alrededor miedos y entusiasmos en las mismas proporciones, que ven en ellos novedades y ventajas, al tiempo que siguen, inevitablemente, usos y costumbres propios de los medios anteriores, los que eran hasta aquel entonces los más habituales, los más usados, los únicos conocidos. Y así, el código recibió en el momento de su aparición numerosas críticas por la discontinuidad que suponía la lectura de los textos, pero, en cambio, se impuso por las grandes ventajas que ofrecía a la hora de compilar y reunir en una misma unidad física textos de grandes proporciones que antes se difundían en varios rollos.

Pero si es fascinante imaginar el momento del cambio de una tecnología a otra, no lo es menos el volver la vista atrás a los medios ya superados cuando se ha impuesto uno nuevo, que se ofrece como eterno en el presente, como si siempre hubiera estado ahí al servicio de nuestras costumbres más cotidianas, las más compartidas. Sin querer o queriendo, a veces nos dejamos llevar por el síndrome de la anacronía, ese que nos sorprende en los cuadros medievales y renacentistas que imagina e ilustra la vida de Cristo con los trajes, armaduras y costumbres propios de la Edad Media o el Renacimiento, pero que no somos capaces de identificar en algunas de nuestras apreciaciones del presente, en algunos de nuestros análisis de la realidad que nos está tocando vivir.

Valgan estas dos imágenes, entre las miles que se podrían haber escogido, para poner la primera piedra en este mosaico que quiere ser un elogio del texto digital, una

reflexión, a un tiempo, de los grandes cambios que se están produciendo en nuestra sociedad (ahora bautizada como la Sociedad de la Información y del Conocimiento) desde el punto de vista de la difusión y creación de los textos, y, también, de las propias Humanidades que, gracias a las Tecnologías de la Información y del Conocimiento, pueden recuperar un espacio en la sociedad que fue perdiendo en el siglo xx; y sobre todo las Humanidades científicas, las universitarias, que se empeñan día a día en vivir de espaldas a la sociedad que les da sentido, y de la que deberían ser vanguardia y fuente de progreso.

En muchos foros y en demasiados papeles (negro sobre blanco) se sigue insistiendo en una idea que, a pesar de su aparente éxito, resulta una falsedad total, un equivocado modo de analizar la compleja y cambiante realidad que nos está tocando vivir, la cual es realmente apasionante. La irrupción de la Tecnología Informática en nuestras vidas, desde la más privada a la más profesional, y la aparición de nuevos medios de transmisión del saber y de la información, se ha comparado con la aparición de la imprenta en el siglo xv; y de la misma manera que en aquel momento el éxito de la imprenta conllevó que, poco a poco, se fuera abandonando el códice manuscrito como el medio habitual de transmisión a favor del libro impreso, así ahora el libro impreso deberá dejar su sitio y su espacio al libro electrónico, que terminará -en un proceso mucho más rápido- acabando con los modelos editoriales a los que estamos acostumbrados.

Ahora ya no se habla de la muerte del libro tradicional con los ecos apocalípticos que se escucharon en los últimos decenios del siglo xx, pero todavía se siguen potenciando algunas imágenes y tópicos que, por pura lógica, van perdiendo fuerza con el paso del tiempo; los tópicos que contraponen el placer de la lectura de un libro, el olor de su papel y su tinta, a la frialdad de la lectura electrónica.

De la Galaxia Gutenberg a la Galaxia Google, o quizá la Galaxia Steve Jobs... una idea que ha calado muy hondo en nuestro imaginario, potenciada sobre todo por la crítica estadounidense, esa que se ha creído (en especial a partir de la feliz formulación del libro clásico de Eisenstein, *La revolución de la imprenta en la Edad Media europea*) los elogios de los primeros defensores de la imprenta a finales del siglo xv y principios del xvi, que veían en esta nueva tecnología una democratización del saber. Nada más lejos de la realidad. Ni la imprenta vino a cambiar, sustancialmente, los modos de creación textual ni a ampliar el conocimiento a un mayor número de personas, de nuevos lectores (que siguieron en muchos casos accediendo a los textos por medios orales), ni tampoco podemos hablar de una transformación de los modelos de difusión.

No hay que buscar ni en el texto ni en su formulación cambios radicales ni revolucionarios en aquellos momentos del nacimiento y expansión de la imprenta, sino que debemos prestar atención a lo que sí nació en el siglo xvi (cuando el libro abandonó la época incunable y se impuso por toda Europa) y que ahora está viendo amenazado su monopolio, su forma y razón de existir: la industria editorial. La tecnología de la imprenta con caracteres móviles, aquella que desde la Maguncia de Gutenberg, como un «ejército de soldados de plomo», llegó a conquistar y rendir a sus pies a toda Europa, aquella que llegó a influir en muchos modos de la vida privada como de la pública y profesional de nuestra sociedad occidental, necesitó de una industria para poder asumir los altos costes económicos que necesitaba para su puesta en funcionamiento, y también para que gestionara los beneficios que generaba este esfuerzo, cada vez más profesional. Será en esta confluencia de necesidades, dentro de una tecnología que necesita de una gran capacidad de organización, dados los diversos oficiales y

tareas a ellos asignados para poder completar la impresión del conjunto de ejemplares que daría cuenta de una edición, donde veremos aparecer, desarrollarse y luego especializarse algunos oficios y modos de trabajo que, al margen de los cambios tecnológicos que se han ido imponiendo en los últimos siglos, se mantienen en la actualidad; y estoy pensando en los oficios de editor, impresor y librero. En un primer momento, oficios que podían darse cita en una misma persona. La dinastía de los Cromberger, que dominará desde Sevilla la industria editorial hispánica en la primera mitad del siglo XVI, podría ser un buen ejemplo de esta confluencia...

Aunque poco a poco la especialización del trabajo ha obligado a un reparto de funciones entre varias personas y, en la actualidad, sólo las grandes casas editoriales tienden a controlar y unificar estas labores. Pero si ahora ya no hablamos de editores -siendo Manuzio el más famoso de todos ellos-, sí lo haremos de editoriales, que contratarán imprentas, para poder contar con unos productos -en este caso libros- con los que poder comerciar. Los editores, en la imprenta artesanal, solían ser al mismo tiempo libreros, aquellos que distribuyen los libros para sacar el máximo beneficio económico en el menor tiempo posible. No olvidemos que los libros en la Edad Moderna tenían regulado su precio en relación al número de pliegos de papel utilizados en su impresión, al margen de su contenido, su autor o el género editorial al que pertenecían. Los libreros tenían que asumir una enorme inversión para poder contar con cientos de ejemplares de una obra (algunas veces costeada por el propio autor, que así se convertía en su propio editor), y estos libreros en muchos casos han quedado marginados de nuestro imaginario, por más que a ellos les corresponda una parte esencial de la elección de las obras que se publicaban en la mayor parte de nuestra historia cultural y literaria

moderna y contemporánea. Un ejemplo. Cuando se habla del *Quijote*, de la obra cumbre de la literatura española, se piensa en Madrid y en el taller de Juan de la Cuesta, que ha pasado a la historia de la imprenta española por esta obra (y por las otras que imprimió de Cervantes), pero que, en realidad, era un asalariado que había sido contratado por el librero madrileño Francisco de Robles para imprimir una serie de obras, impresión que realiza en el taller situado en la calle Atocha, del que Juan de la Cuesta es sólo el regente y no el propietario.

La tecnología de la impresión de un libro, de multiplicar los ejemplares en un determinado tiempo, suponía la concurrencia de numerosos oficiales, cada uno con su especialidad (corrector, cajista o componedor, batidor, tirador, acompañados de un pequeño ejército de aprendices y familiares), que necesitaban una gran coordinación ya que los esfuerzos dentro del taller de impresión estaban organizados como un trabajo en cadena. Una tecnología, obviamente, mucho más compleja que la de la confección del código manuscrito, que necesitaba de menos personal (copista y miniador, en su caso), pero sí de más tiempo. Pero esta tecnología que permite la multiplicación de los ejemplares impresos va a conllevar dos cambios sustanciales en la sociedad, en la recepción de la información y el conocimiento: por un lado, las grandes posibilidades que tiene el poder (tanto eclesiástico como civil) para controlar y censurar los contenidos difundidos en los libros; y, por otro, la paulatina conversión del lector en comprador. Librerías, libreros y compradores de códigos manuscritos (así como de rollos clásicos) hubo siempre, pero nada parecido a lo que se desarrollará en Europa a partir del siglo XVI, de la que somos herederos aún hoy.

De este modo, mientras el poder establecerá mecanismos cada vez más sofisticados y complejos para comprobar que aquello que se aprueba para su impresión es lo que luego